

La Arquitectura

Juan Chambeaux

Habitar es uno de los compromisos que el hombre no puede dejar de adquirir por tratarse de algo que su misma condición le impone.

Y habita de las más diversas maneras: cuando está en su oficina, cuando está en su casa, cuando está en el banco, cuando va a un lugar a rezar. Todos los actos (o funciones) se realizan en lugares que constituyen las habitaciones de este habitar. Acoger estas funciones es la exigencia mínima que se le pide a una obra de arquitectura; pero la verdadera obra o la buena obra es aquella en que realmente el espacio nos ofrece de tal manera posibilidades, que no es nuestro cuerpo el que es satisfecho y "se siente bien", sino que estamos íntegros, como personas, como una unión substancial, de cuerpo y espíritu, descubriendo en nosotros nuevas facetas que no hacen sino admirarnos un poco de ver en lo externo, en la obra, una tal calidad espacial que nos hace revelar en nosotros una nueva parte, más plena, que apunta directamente a nuestro yo y que hace que las funciones triviales dejen de serlo.

Intentemos la descripción de algunas obras arquitectónicas: Capilla de los Sacramentinos (subterráneo). Como primer elemento, vemos la separación que se usa para alejarse de la calle Arturo Prat, de su bulla, de su mezquindad: se desciende por escaleras laterales que imprimen una sensación de irse metiendo en algo, de irse sumergiéndose. Los ruidos exteriores se han apagado y la claridad va disminuyendo. De pronto, un choque visual, en un descanso, con la totalidad de la Capilla, que se extiende a los pies, oscura, en que los límites de los objetos se pierden, llevando a una cierta confusión espacial, que más bien es una indefinición, lográndose una especie de misticismo extraño, con las paredes gruesas y como con nervaduras en el techo. Es un misticismo de seguridad; se siente a un Dios fuerte, poderoso, omnipotente, pero que se hace presente en un espacio que da una sugerencia de seguridad, de útero materno. Uno reza y ya está metido en una totalidad mayor. Los colores están indefinidos, como gastados con el paso patente del tiempo. Pero hay una presencia segura, clara, nítida: es el altar blanco, con una luz que no se sabe mucho de dónde viene, pero que ayuda a hacer de contraste con el resto; es

importante y se transforma en foco que dirige la atención, aumentado por la nueva oscuridad que viene tras él, siguiendo el tono de toda la Capilla, de indefinición espacial.

Tal vez una anécdota pueda aclarar un poco más lo expresado anteriormente. El gran poeta chileno Nicanor Parra, Premio Nacional de Literatura, en la revista "Mundo 70" (número 25), se refiere a una vivencia religiosa que experimentó en el extranjero: "...Al regreso a Chile, tuve que pasar por Praga y tuve una experiencia que me llamó mucho la atención: Fui a una iglesia que es la Iglesia de San Vito, en Praga. Esa iglesia tiene algo que ver con la infancia y la adolescencia de Kafka. Era un día de invierno y hacía un frío tremendo y adentro había un calorcillo muy agradable. Yo iba acompañado por una dama, que hacía las veces de intérprete y guía. Se veían unas figuras que se desplazaban, unas siluetas por su interior y, de repente, empezó a sonar una música que como que remecía las paredes del templo. Yo tuve allí una especie de pequeño estremecimiento personal y, a pesar de venir del bloque marxista, tengo que confesar que me temblaron las piernas. Ahí, en esa iglesia, con esa música, en ese espacio arquitectónico, me pareció que había "gato encerrado". Saliendo de allí, escribí esta poesía, que se llama "La Cruz":

Tarde o temprano,
llegaré sollozando
a los brazos abiertos de la Cruz.
Más temprano que tarde,
caeré de rodillas a los pies de la Cruz.
Tengo que resistirme para no desposarme con la Cruz.
¡Vean como ella me tiende los brazos!
No será hoy, mañana, ni pasado mañana,
pero será lo que tiene que ser..."

Y es que Nicanor Parra descubrió, a través de esa iglesia, lo que toda obra de arquitectura debiera tener: ese "gato encerrado", tan difícil en verdad de explicar, pero que nos llena tan íntegramente, ayudándonos a descubrirnos un poco.

Y esto no sucede solamente con un espacio de tipo religioso, sino que con cualquiera. Para verificarlo, vayamos al extremo contrario; al análisis de una vivienda.

La casa del arquitecto Raúl de Ramón.

Esta casa es un desarrollo moderno de la vivienda tradicional chilena, en que se logra producir el mismo sabor de aquélla, pero con una suerte de dinamismo mayor en los espacios y en la solución planteada en el trabajo de los materiales. Pero sin embargo uno ve que es un adelanto en el planteamiento de la vivienda chilena, y en ningún caso negar su condición de tal.

Sin duda, su mayor mérito está en acoger como problema principal la posibilidad de la familia, llevado de tal manera como no se acostumbra ver en las casas modernas. Esto se logra a través de un cerrarse visualmente a la calle, que constituye lo externo disgregador, y aprovechar a la vez, las máximas posibilidades internas. Esto consigue dar más personalidad familiar a los espacios. Complementado lo anterior con un juego de contraposición, en base a lugares públicos y privados; comedor y living superior, en lo público, living inferior, en contraste, más cerrado, íntimo, con posibilidades de observar sin ser observado; en el extremo opuesto de la casa, y protegiéndose por esto mismo, los dormitorios y el baño. Separando así lo privado de lo público, se dan plenamente las posibilidades para que la familia sea. Esto reforzado todavía por un patio íntimo formado por la U de la vivienda.

Este cerrarse no significa no poseer luz ni vista, sino que por el contrario, es un juego llevado de tal manera que la luz y la vista no entorpecen la sensación de familiaridad, sino que la ayudan, complementándola.

Esta es una casa, por lo bien lograda, con "gusto a De Ramón".

Sin haber traicionado un ápice de la vivienda tradicional chilena, toma su mismo carácter y le da, en su misma línea, una nueva solución.

Así vemos que una obra de arquitectura puede tomar las más diversas formas y servir a las más diferentes funciones, pero si es buena, logra despertarnos algo nuevo, pero no distinto de nosotros, sino que algo que teníamos dormido en nuestro interior.

